



Lo popular en «La Araucana»: Símbolos populares, uso de refranes y muestras de humor en la obra de Ercilla

Luis Íñigo-Madrigal

En la abundante bibliografía dedicada a *La Araucana* una serie de aspectos del poema aparecen críticamente inéditos. Uno de ellos (importante tanto para la cabal comprensión de la epopeya ercillana como para reafirmar algunas facetas conocidas de las literaturas hispánicas en general) es el repetido uso de elementos populares, en el nivel del lenguaje, que se encuentra en las octavas reales de la obra que inicia nuestra historia poética.

El hecho, ejemplo, en distintas medidas, de los caracteres de espontaneidad, arte de mayorías y colectivismo que distinguen, según don Ramón Menéndez Pidal, a la literatura española, resulta particularmente relevante en un poema que, a pesar de contrarias opiniones, se muestra tan atento a los preceptos retóricos como *La Araucana*. La maestría con que se concilia el cúmulo de contribuciones populares, y aun vulgares, con la perentoriedad de una bella «*elocutio*», exigida por la epopeya, es una nueva prueba del valor, todavía no del todo descubierto, de la obra de Ercilla. Las páginas que siguen son, pues, una contribución al estudio de lo popular en *La Araucana*; abarcan sólo tres, si bien importantes aspectos del fenómeno, y ello sin ánimo exhaustivo y con un mínimo aparato crítico. Entre los recursos que podemos señalar como populares destacan en primer término, los símiles reducibles a esta categoría¹. Al referirnos a los símiles dejamos de intento fuera del conjunto, aunque quizás sin razón, las abundantes comparaciones cinegéticas, tauromáquicas y referentes a otros ejercicios caballerescos, que, de alguna manera, podrían incluirse con justicia en el grupo. Nombraremos, pues, primero, aquellos símiles con un grado máximo de cognoscibilidad (en cuanto a la relación entre la imagen comparativa y el objeto ilustrado) para el público lector de la época. Así, por ejemplo, cuando, para ilustrar una distancia, se dice:

*y en la cumbre y más alto de la cuesta
se allana cuanto un tiro de ballesta.*

(IV, 92²)

o:

*del fuerte tanto trecho esto sería
cuanto tira un cañón de puntería.*

(IX, 55)

Un grado medio de cognoscibilidad es el de las comparaciones fundadas en costumbres populares de aquellos años, como, cuando describiendo la huida de los españoles, acosados por los araucanos en la batalla de Andalicán, narra:

*Uno, dos, diez y veinte, desmandados
corren a la bajada de la cuesta,
sin orden ni atención apresurados,
como si al palio fueran sobre apuesta.*

(VI, 14)

haciendo referencia, con *palio* al «premio que señalaban en la carrera al que llegaba primero: y era un paño de seda o tela preciosa que se ponía al término de ella», como informa el *Diccionario de Autoridades*³.

Igualmente actividades o acontecimientos comunes de la vida cotidiana, singularmente la rural, sirven a menudo como término de referencia en diversas comparaciones. Así, cuando se pinta la temible furia devastadora de Tucapel en el segundo asalto a Concepción:

como suele segar la paja seca

*el presto segador con mano diestra,
así aquel Tucapel con fuerza brava
brazos, piernas y cuello cercenaba.*

(IX, 75)

O cuando se cuenta el esquivado peligro que ha tendido a los españoles la astucia de Lautaro, al pretender llevarlos a combate en un terreno previamente anegado, en cuyo lodo los caballos de los hispanos no podrían desenvolverse y:

*adonde, si aguardaran, los cogieran
como en liga a los pájaros cebados;*

(XII, 35)

O al decir, de la diligente industria con que los españoles fabrican sus viviendas, tras llegar, después de la famosa tormenta con que finaliza la Primera Parte del poema, a tierra firme que:

*Del modo que se ven los pajarillos
de la necesidad misma instruidos,
por techos y apartados rinconcillos
tejer y fabricar los pobres nidos,
que de pajas, de plumas y ramillos
van y vienen, los picos impedidos,
así en el yermo y descubierto asiento
fabrica cada cual su alojamiento.*

(XVI, 35)

O, por último, cuando se ilustra la voracidad de los hambreados soldados imperiales que se lanzan sobre un campo de frutillas, tras largos días de ayuno y desesperanzado vagar por yermas tierras a los que los ha llevado la malintención y sagacidad de

australes guías indios, en una comparación muchas veces citada y elogiada por la crítica:

*quien huye al repartir la compañía,
buscando en lo escondido parte alguna
donde comer la rama desgajada
de las rapaces uñas escapada,
como el montón de las gallinas, cuando
salen al campo del corral cerrado,
aquí y allí solícitas buscando
el trigo de la troj desperdiciado,
que con los pies y picos escarbando,
hallo alguna el recojo sepultado,
y alzándose con él, puesta en huida,
es de las otras luego perseguida,
así aquel que arrebatata buena parte,
déste y de aquél aquí y allí seguido,
huyendo se retira luego en parte
donde pueda comer más escondido;*

(XXXV, 46, 47, 48)

No sólo lo campestre puede, sin embargo, servir de imagen comparativa con sentido popular. Algunos fenómenos típicamente urbanos desempeñan también ese papel. Así, al narrar la batalla de San Quintín, las depredaciones hispanas provocan el siguiente símil:

*Como el furioso fuego de repente
cuando en un barrio o vecindad se enciende,
que con rebato súbito la gente
corre con priesa y al remedio atiende,
y por todas las partes francamente
quién entra, sale, sube, quién deciende,
sacando uno arrastrando, otro cargado
el mueble de las llamas escapado,
así la fiera gente vitoriosa,
con prestas manos y con pies ligeros,
de la golosa presa codiciosa,*

*abre puertas, ventanas y agujeros,
sacando diligente y presurosa
cofres, tapices, camas y rimeros,
y lo de más y menos importancia
sin dejar una mínima ganancia.*

(XVIII, 19, 20)

Hay también comparaciones tomadas de elementos que sobrepasan el mundo singular de la experiencia rural o ciudadana, alcanzando mediante el humor una cierta universalidad que las acerca a la visión cómica. Tal, por ejemplo, la que sirve para describir el estado en que algunos invasores quedan, tras el asalto de las huestes araucanas en la quebrada de Purén:

*Oíros, cual rana o sapo aporreados,
no pueden aunque quieren removerse;*

(XXVIII, 56)

Señalemos, para terminar este apartado, que la búsqueda de lo popular en los símiles parece ser, en Ercilla, deliberada. En alguna de las series de símiles concatenados, que tan características son en *La Araucana*, se siguen dos comparaciones destinadas a ilustrar la rapidez con que Rengo se recupera de un mal paso, mientras lucha con Leucotón, en las fiestas generales con que los araucanos celebran sus primeras victorias. El primero de los símiles (que en realidad es más de uno, pues es doble) es netamente popular:

*No la pelota con tan presto salto
resurte arriba del macizo suelo,
ni la águila, que al robo cala de alto,
sube en el aire con tan recio vuelo,
como de corrimiento el seso falto,
Rengo rabioso, amenazando el cielo,
se puso en pie, que aún bien no tocó en tierra,
y contra Leucotón furioso cierra.*

el segundo, en cambio, es típicamente cultista, como lo indica su referencia mitológica:

*Como en la fiera lucha Anteo temido
por el furioso Alcides derribado,
que de la tierra madre recogido
cobraba fuerza y ánimo doblado
así el airado Rengo embravecido,
que apenas en la arena había tocado,
sobre el contrario arriba de tal suerte,
que al extremo llegó de honrado y fuerte.*

Este recurso, en el que un solo objeto es ilustrado por dos diversas imágenes comparativas, es característico de la épica ercillana. En este caso en que, de los dos símiles, uno es popular y el otro culto, sirve para ilustrar acabadamente la simbiosis retórico populista que venimos ejemplificando. El segundo de los recursos de ese carácter observable en *La Araucana*, es el frecuente uso de refranes, frases proverbiales, frases adverbiales y vocablos en acepción popular que en ella se encuentra.

La distinción de estos elementos presenta algunas dificultades comunes y otras particulares.

Así, la débil diferencia establecida por paremiólogos y lexicólogos entre proverbios, frases proverbiales, etc. Así también los problemas documentales que impiden establecer, en algunos casos, la raigambre popular de esos elementos en forma definitiva.

En el caso específico de los refranes concurren aún otros obstáculos. Sabido es que los cantos de la obra de Ercilla se inician con sendos momentos gnómicos, a semejanza de los que ocurren en el *Orlando Furioso* y en los *Cinque Canti* de Ariosto, cuyo carácter sentencioso se asemeja, de por sí, al espíritu de los pariemas. Si aunamos a ello el que los versos finales de la octava real ostentan una estructura similar a la de los refranes (casi siempre bimembres y frecuentemente pareados) se comprenderá el riesgo de creer que todo el monte es orégano.

Por tanto, hemos preferido aquellos ejemplos documentados en paremiologías anteriores o poco posteriores a la edición de *La Araucana* (a saber: Santillana, Valdés, Núñez, Rosal, Mal Lara, Horozco, Correas y Caro Cejudo), si bien en ocasiones hemos atendido también a adagios recogidos por Rodríguez Marín con mucha posteridad. Las citas están referidas siempre a el *Refranero general ideológico español*, compilado por

Luis Martínez Kleiser⁴. En el caso de las frases adverbiales o de simples vocablos hemos recurrido casi exclusivamente a *Diccionario de Autoridades*, pero también al Covarrubias.

En general, con las limitaciones obvias, recogemos en las siguientes páginas todos aquellos ejemplos con sabor popular que, aunque no explícitamente documentados, dejan entrever con claridad su origen.

En tres ocasiones indica Ercilla que está empleando refranes en el texto de su poema. La primera cuando pone en boca de los enviados de Chile a reclamar socorro al Perú, una serie de frases destinadas a convencer al Marqués de Cañete para que envíe a su propio hijo, terminado una serie de elogios con las siguientes palabras:

*de sus partes, señor nos contentamos,
pues por natural cosa se sabe,
(y aun acá en el común es habla vieja)
que nunca del león nació la oveja.*

(XIII, 13, DEFG)

A pesar de que la frase sea «habla vieja» ya Medina, en su edición de *La Araucana*⁵ asegura que «no hemos podido hallarla en ninguna colección de refranes», cosa que es cierta con respecto a las paremiologías españolas; cabe sin embargo pensar que el adverbio acá señale el ser un refrán usado en América, y no en España, lo que evidenciaría, además, un profundo conocimiento de la materia por parte de Ercilla.

El segundo de los ejemplos del mismo carácter, se encuentra en la introducción del Canto XX, que trata sobre promesas y cumplimiento, y dice:

*Nadie prometa sin mirar primero
de que de su caudal y fuerza siente,
que quien en prometer es muy ligero
proverbio es que despacio se arrepiente:*

(XX, 1, DEFG)

el propio Medina, luego de observar que antiguamente se decía «de espacio», cita dos refranes de la colección de Correas: «Quien presto promete, tarde lo cumple, y presto se arrepiente» (M. K. 52.807) y «Quien presto dice sí y promete, presto dice no y se

escuece» (M. K. 52.806), el primero de los cuales está también recogido por Caro Cejudo. Rodríguez Marín anota otro que coincide más directamente con las palabras empleadas por Ercilla: «Quien de ligero promete, despacio se arrepiente» (M. K. 52.808), pero que, al parecer, no está contenido en colecciones contemporáneas a la publicación de *La Araucana*.

El tercero y último de los ejemplos de empleo explicitado de refranes en *La Araucana* es aquel en que Ercilla, casi a las postres de su poema, al ponderar el conocimiento adquirido a través de sus muchos viajes, dice:

*digo que la verdad hallé en el suelo
por más que afirmen que es subida al cielo*

(XXXVI, 1, FG)

versos con los que concluye una estrofa cuyo concepto, en opinión de Medina, proviene de Ariosto (*op. cit., id. ibid.*) quien no observa, en cambio que existe una referencia inequívoca a una serie de dichos tradicionales, como «La verdad, huyendo se fue al cielo» (M. K. 63.009) y «La verdad se fue del suelo, y la justicia miró desde el cielo» (M. K. 63.010), de colecciones posteriores a la de Correas donde figura «La verbena y la verdad perdido se han» (M. K. 63.008). Aunque los anteriores son los únicos ejemplos en que se reconoce, expresamente, el empleo de refranes, las ocasiones en que se los usa, en forma inequívoca pero no explícita, son muchísimo más abundantes.

Los versos finales de la segunda estrofa del canto IV, cuya introducción indica los beneficios de la justicia dicen:

*clemente es y piadoso el que sin miedo
por escapar el brazo corta el dedo.*

(IV, 2, FG)

Dejando de lado el que «Dar un dedo de la mano por algo» es, según el *Diccionario de Autoridades* una «Phrase exagerativa con que se pondera el deseo grande que se tiene de conseguir alguna cosa», lo que se ejemplifica con un texto de Cervantes, en Rodríguez Marín se pueden encontrar al menos dos ejemplos que muestran la prosapia popular de la conseja: «Más vale que un dedo se pierda, que no la mano entera» (M. K. 38.212) y «Si había de perder la mano, a perder un dedo me allano» (M. K. 38.213).

Igual raíz tradicional tienen los versos con que se pondera el desamparo en que quedan los hispanos tras el saco de Concepción:

*Pues es mayor miseria la pobreza
para quien se vio en próspera riqueza.*

(VII, 56, FG)

En Valdés y Correas se encuentra el siguiente refrán: «Riqueza, trabajosa en ganar; medrosa en poseer, llorosa en dejar» (M. K. 55.853); en Horozco, estos dos: «Riqueza, trabajosa de ganar y penosa de dejar» (M. K. 55.854) y «La última pobreza es haber sido más rico» (M. K. 50.761) y por último, en Rodríguez Marín éste: «La suma pobreza es haber tenido riqueza» (M. K. 50.762).

Similar es el caso de dos versos del momento gnómico con que se inicia el canto VIII:

*del vulgo, que jamás dice lo bueno,
ni en decir los dejetos tiene freno.*

(VIII, 2, FG)

cuyo parentesco con el refrán de Valdés, Núñez y Correas «El vulgo no perdona las tachas a ninguno» (M. K. 64.902) y con el de Rodríguez Marín «El vulgo echa las cosas a lo peor» (M. K. 64.904) es probable.

Un ejemplo interesante se encuentra en las primeras estrofas del canto XV; Ercilla se disculpa de la monotonía del tema que le ocupa y dice:

*que no hay tan dulce estilo y delicado,
ni pluma tan cortada y sonora
que en un largo discurso no se estrague,
ni gusto que un manjar no le empalague.*

(XV, 4, DEFG)

pensamiento que se repite más adelante en el poema, con variantes:

*que el manjar más sabroso y sazonado
os deja, cuando es mucho, empalagado.*

(XXVII, 1, FG)

y

*¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
que no se amarga al cabo y desabrida?*

(XXXIV, 1, DE)

Pues bien, los refranes que enseñan «que las cosas aunque sean muy escogidas y delicadas, siendo continuas en esta vida mortal, sirven de molestia y enfado, y pierden su estimación», como se lee en el *Diccionario de Autoridades s. v. empalagar*, explican el proverbio «No hay manjar que no empalague, y vicio que no enfade», y otros muchos. De Valdés en adelante, se repite con frecuencia en las colecciones el siguiente: «No hay manjar que no empalague ni vicio que no canse» (M. K. 29.218) y las variantes sobre el tema abundan (*Cfr. M. K., op. cit., 29.819 a 29.861*). Las primeras estrofas del canto XXVIII, dedicadas al tema de Fortuna, contienen los siguientes versos:

*y pues sabemos ya por cosa cierta,
que nunca hay bien a quien un mal no siga,*

(XXVIII, 2, DE)

que se encuentra casi textualmente en el paríema «Con todos los bienes algún mal viene» (M. K. 7.335) y cuyo tema se encuentra en otros mucho más antiguos: «Con bien

vengas, mal, si vienes solo» (M. K. 38.179) recogido ya, con variantes en Valdés y Núñez, y en el *Tesoro de la lengua castellana*, de Covarrubias⁶; «Mal sin bien muchos lo tiene; bien sin mal, pocos lo han» (M. K. 7.354); «El bien y el mal andan revueltos en un costal» (M. K. 7.328); «Del bien al mal no hay un canto de real» (M. K. 7.336), también en Covarrubias, etc. *La Araucana* refiriéndose a la ira con que Tucapel y Rengo aguardan un duelo concertado y aplazado, dice:

*y es visto que difieren en muy poco
el hombre airado y el furioso loco.*

(XXX, 3, FG)

La sentencia es largamente conocida en el pueblo: «Del airado a loco va muy poco» (M. K. 34.459); «Entre el loco y el airado, media un paso» (M. K. 34.460); «La ira, con la locura alinda» (M. K. 34.461); «La ira es locura el tiempo que dura» (M. K. 34.462); «Quien se enfurece, si no es loco, lo parece» (M. K. 34.463); «Si la ira durara, sería locura clara» (M. K. 34.464); «Del loco al airado, no va un palmo» (M. K. 37.048), todas recogidas por Rodríguez Marín. Refiriéndose a los enemigos, Ercilla emplea también, al menos en dos oportunidades, refranes:

*Jamás debe, Señor menospreciarse
el enemigo vivo, pues sabemos
puede de una centella levantarse
fuego, con que después nos abrasemos:*

(XXIII, 1, ABC CH)

dice en la primera, en la cual centella «Tórnase en sentido alegórico por una pequeña ocasión de la cual suele entenderse un gran fuego un gran trabajo y ruina», uso habitual de la palabra según Covarrubias (*op. cit.*, s. v. centella) y que se puede encontrar, invertido, en el refrán que reza «Mi enemigo muerto, mi cuerpo suelto», que trae Rodríguez Marín (M. K. 20.959). En la segunda ocasión Ercilla dice:

*no hay contra el desleal seguro puerto,
ni enemigo mayor que el encubierto.*

(XXXI, 4, FG)

lo que consta en el refranero, bajo la forma de «El peor enemigo es el escondido» (M. K. 20.965).

El último de los casos de empleo casi textual, aunque no explícito, de refranes en Ercilla es aquel cuando hablando del mal, aconseja:

*así que, pues sois sabios, cada uno
elija de dos males el más leve:*

(XXXII, 87, CCH)

que repite el «del mal, el menos» (M. K. 38.218) anotado ya por Valdés y Núñez y que es, según el *Diccionario de Autoridades* una «Phrase adverbial con que se da a entender la precisión de elegir el menor entre dos daños».

Un tercer conjunto de ejemplos es el constituido por aquellas ocasiones en que, en *La Araucana*, se emplean pensamientos plasmados por la tradición en diversos refranes, si bien, la alusión a éstos puede sólo entreverse de manera indirecta, sin que sea posible establecer inequívocamente, si se los tiene en mientes o se trata nada más que de una correspondencia basada en el acervo inconsciente común a todo un pueblo. Con todo, dada esta última condición, que fija también una perspectiva popular para la épica ercillana, los diversos casos ofrecen considerable interés: Así cuando, hablando en general de la imprevisión de los que momentáneamente se ven favorecidos de Fortuna, pero aludiendo en especial a los españoles, se dice:

*No entienden con la próspera bonanza
que el contento es principio de tristeza,*

(II, 2, AB)

que puede remitirse al antiguo «Cuando mayor es la fortuna, tanto es menos segura» (M. K. 59.467) o al también viejo «La fortuna, cuando más amiga, arma la zancadilla» (M. K. 59.491). O cuando, refiriéndose a la codicia, se puede leer:

*el fausto, la riqueza y el estado hincha,
pero no harta al más templado.*

(III, 2, FG)

tema sobre el cual se pueden encontrar, en Correas, al menos tres refranes: «A la codicia, no hay cosa que la hincha» (M. K. 11.162), «Antes cansada que harta» (M. K. 57.210) y «Nunca amarga el manjar por mucho azúcar echar» (M. K. 59.381).

LA ARAVCA
NA DE DON ALON-
SO DE ERZILLA Y CV-
ñiga, Gentil Hombre de su Magestad, y de
la boca de los Serenissimos Principes de
Vnorria. Dirigida a la S. C. R. M.
del Rey don Philippe nue-
sro Señor.



Con priuilegio.
Impressa en Madrid, en casa de Pier-
res Cofsin. Año. 1569.
Esta tassado a tres maravedis el pliego.

Facsimil de la portadilla de la edición príncipe, 1569

Menos evidente, pero posible es la relación que los versos:

*la llaga que al principio no se cura,
requiere al fin más áspera la cura.*

(IV, 1, FG)

tengan con el refrán registrado en Núñez «Al peligro con tiento, y al remedio con tiempo» (M. K. 53374), o la de:

*sólo diré que es opinión de sabios
que adonde falta el rey sobran agravios.*

(IV, 5, FG)

con «Todo es viento, si no hay rey en el reino o prior en el convento» (M. K. 55.692).

Igual cosa sucede en otras muchas oportunidades. Al hablar de la prudencia temerosa, se dice en *La Araucana*:

*el miedo es natural en el prudente,
y el saberlo vencer es ser valiente.*

(VII, 1, FG)

y en el refranero, ya desde el siglo XV, «Quien no ha miedo, no face buen fecho» (M. K. 60.171) y, después «El corazón que sabe temer, sabe acometer» (M. K. 60.172). Reafirmando lo común de la sentencia Covarrubias, *s. v.* miedo declara «Ay un miedo que suelen tener los hombres de poca constancia y covardes; ay otro miedo que puede caer en un varón constante, prudente y circunspecto» y cita, para confirmarlo la Ley de la Partida, 7, tít. 33, part. 7.

También tradicional es el pensamiento de que «Necio con colmo es el que deja lo cierto por lo dudoso» (M. K. 57.899) o como figura en Correas «Mas quiero poco seguro que mucho con peligro» (M. K. 57.803), por lo que Ercilla no puede dejar de asombrarse de los araucanos que, al saquear Concepción, buscando la mayor ganancia:

*haciendo codiciosa y necia cuenta
busca la incierta y deja la segura*

Otro ejemplo de pensamiento popular manifestado en *La Araucana* se encuentra en las estrofas introductorias del canto XVII, que hablan sobre los provechos y desventajas del callar:

*Nunca si hablar dejó de dar indicio,
ni el callar descubrió jamás secreto:
no hay cosa más difícil, bien mirado,
que conocer un necio si es callado.*

materia sobre la cual, Covarrubias escribía, a comienzos del XVII, «En tanto que un hombre no habla con dificultad se puede colegir del lo que es, y assi dixo el otro filósofo a uno: Habla pan que te conozcamos. Verdad es que esta prueba se ha de hazer preguntando para echar de ver si responde a propósito. Este mismo dezía que quando comprava una olla de barro le dava algunos golpecillos, y del sonido colegía si estava sana o cascada; pero los cascarrones no esperan a que los toquen, preguntándoles, que ellos salen al camino y dizen lo que son». Opiniones que se pueden encontrar abundantemente en el refranero español, desde la sentencia judío española «Del loco, del bobo y de la criatura se sabe todo» (M. K. 29.404), hasta los más explícitos «Por la boca muere el pece, y la liebre témanla a diente», (M. K. 29.554), que figura en Correas, o el de Núñez «Al buey por cuerno, y al hombre por el verbo» (M. K. 29.566); pero, sobre todo, en refranes como «El necio, callando es habido por discreto» (M. K. 8.762) que recoge Valdés, «El bobo si es callado por sesudo es reputado» (M. K. 8.674) en Núñez, o «Callando el necio es habido por discreto, o parece discreto» (M. K. 8.675) en el propio Correas.

En último lugar, mencionaremos una serie de casos en que es posible se empleen frases proverbiales de uso común en la época de Ercilla, aún cuando en ocasiones sea imposible rastrear, en colecciones paremiológicas u otro tipo de documentos, la existencia real de ellas.

Así, en ocasión que a Ercilla le parece haberse desviado del objeto de su poema, se reprende a sí mismo, recordando:

*que es trabajar en vano, derramando
al viento en el desierto las razones:*

(IV, 6, C CH)

frase aún usada en nuestros días en la forma en que la recoge Covarrubias «Predicar en el desierto, Cuando los oyentes no están dispuestos a recibir la doctrina que se les predica o lo que se les dize»; y que se puede encontrar, con sentido popular, en Cervantes «Pero todo fue como dicen dar voces al viento, y predicar en el desierto» (*Persiles*, libro 3, cap. 19). Otro ejemplo semejante, de leve cambio de un decir común, se encuentra en los siguientes versos, que describen la desesperación del vulgo en la destruida Penco:

*que súbito, alterado y removido,
de nuevo esfuerza el llanto y las querellas,
poniendo un alarido en las estrellas.*

(VII, 13, FG)

variante del «Dar el grito que se ponga en el cielo» de que habla el *Diccionario de Autoridades*, según el cual, la frase es una «Exageración que explica la fuerza, con que se queja alguna persona», citando, como ejemplo, uno de Quevedo «El Licenciado daba los gritos, que los ponía en el Cielo». Al describir cómo, mientras los españoles reconstruyen Concepción:

*La gente comarcana con fingida
muestra la paz malvada aseguraba,
esperaba la ayuda prometida
que a cencerros tapados caminaba;*

(IX, 41, ABC CH)

Ercilla no hace sino utilizar la antigua frase adverbial «A cencerros atapados», «con que se explica hacerse o haberse hecho algo secreta y ocultamente: haciendo alusión al harriero, que no quiere ser sentido en passo peligroso, y al que hurta ganado, que ambos para no ser descubiertos tapan los cencerros, porque no suenen», como explica el *Diccionario de Autoridades*, que da un ejemplo del mismo Quevedo: «Y a ella, que se

iba a cencerros atapados con un zurriburri refunfuñando». Medina, recoge las citas anteriores (*op. cit., id., ibid.*) y agrega ejemplos de los americanos Barco Centenera y Álvarez de Toledo. En igual fuente (*D. A.*) se puede buscar casos como el de:

*Lautaro dijo: «Es eso hablar al viento;
sobre ello, Marcos, más yo no disputo:*

(XII, 17, DE)

que no es sino el «Hablar al aire», que en el citado *Diccionario* se define como «Hablar sin fundamento y lo que no viene a propósito».

Lo mismo que los versos con que el tal Marcos responde a Lautaro:

*no estimo lo que ves en una paja
ni alardes pueden punto amedrentarme.*

(XII, 22, C CH)

que dicen los que Covarrubias decía «No monta una paja» y el *Diccionario de Autoridades* «No monta o no importa una paja»; esto es: «Phrase con que se desprecia alguna cosa por inútil u de poca entidad».

Igualmente muy usual es el símil con que Ercilla pondera la celeridad con que narra su asunto:

y que más que una posta voy corriendo.

(XXVII , 3, CH)

sobre el que Medina (*op. cit., id., ibid.*) dice «Posta, tomado esta vez en la acepción de correo; de donde salió el modismo por la posta: a toda prisa, que es muy frecuente en los escritores antiguos, así de España como de América». En efecto, Covarrubias

menciona «correr la posta», que el *Diccionario de Autoridades* dice «Es caminar con celeridad en caballos, a propósito para este ministerio...», de lo cual al por la posta, «Modo adverbial con que además del sentido recto de ir corriendo la posta, translaticiamamente se explica la prissa, presteza y velocidad con que se executa alguna cosa», según el mismo *Diccionario*, hay poco trecho, inexistente casi en nuestro ejemplo.

Un último ejemplo, esta vez no de uso de un modismo, sino de un vocablo en acepción popular, se encuentra en las lamentaciones con que Glaura pondera sus desventuras comparándolas con la de un su antiguo pretendiente:

*más, ¡ay!, que en lo que yo padezco, veo
lo que el mísero entonces padecía,
que a término he llegado el pie del palo
que aun no puedo decir mal de lo malo.*

(XXVIII, 12, DEFG)

pues bien, palo, según el *Diccionario de Autoridades*, «Se toma también, por el último suplicio, que se executa en algún instrumento de palo: como la horca, garrote», cosa ya observada por Medina que al respecto dice (*op. cit., id., ibid.*) «Estar al pie del palo (Es estar al pie de la horca) Correas, *Vocabulario*, p. 533»; añadiendo además unos versos de Garcilaso en los que figura la frase, la que don Adolfo de Castro comenta diciendo que se trata de un «término vulgar», en la acepción dicha.

Hasta aquí los ejemplos de usos, refranes, modismos o vocablos de tradición y con significado popular en la obra de Ercilla. Por cierto es posible que la abundancia de ellos en *La Araucana* sea superior a la muestra entregada; baste ella, sin embargo, para reafirmar el carácter popular de la época ercillana, su profunda ligazón con el pueblo. Un tercer recurso cuyo carácter popular nos parece admisible y que está, por otra parte, ligado a la ingeniosidad que la crítica extranjera desde el siglo XVIII cree característica de la literatura española, es el humor. Aunque reñido, de alguna manera, con los preceptos retóricos para la epopeya, el humor suele aflorar en Ercilla, en una serie de variantes que alivianan la entonación bélica del poema y contribuyen a darle una muy especial fisonomía.

En ocasiones son los propios personajes de la epopeya los que ejercitan la burla; bien como Lautaro, quien por orden de Caupolicán va a reunirse con el Senado araucano y trata de sorprender a sus compañeros de armas, jugándoles una broma que en principio causa alarma, pero luego es recibida con alegría:

*En oyendo Lautaro aquel mandato,
levanta el campo, sin parar camina,*

*deja gran tierra atrás, y en poco rato
al monte andalicano se avecina;
y por llegar de súbito rebato
el camino torció por la marina,
ganoso de burlar al bando amigo,
tomando el nombre y voz del enemigo.*

(VIII, 9)

S E G V N D A
P A R T E D E L A A R A V-
cana de Don Alonso de Erzilla y Cuñiga, que
trata la porfiada guerra entre los Españoles,
y Araucanos, cō algunas cosas nota-
bles que en aquel tiempo
sucediéron.



E N Ç A R A G O Ç A,
¶ Impresso con licencia, en casa de Juan Soler,
Año de Christo, 1 5 7 8.

Facsímil de la edición príncipe, 1578

O bien como Tucapel, que habiendo desafiado a duelo desde hace largo tiempo a Rengo, sin haber podido enfrentarlo por diversas razones, ve de súbito, en el fragor del combate contra los españoles, que su enemigo está apunto de morir a manos de éstos, por lo que:

*Llegóse a Rengo y dijo: «Aunque enemigo,
esfuerza, esfuerza, Rengo, y ten hoy fuerte,*

*que el impar Tucapel está contigo
y no puedes tener siniestra suerte;
que el favorable cielo y hado amigo
te tiene aparejada mejor muerte,
pues está cometida al brazo mío,
si cumples a su tiempo el desafío».*

(XXV, 69)

Las más de las veces, sin embargo, es el propio poeta el que introduce cierta nota humorística, a manera de comentario sobre las acciones que narra, como sucede, por ejemplo, al referir la llegada de Caupolicán al lugar en que debe elegirse general de los araucanos. Hace ya varios días que se desarrollan las pruebas para elegir al caudillo; Colo-Colo, sabiendo que Caupolicán, su favorito y seguro triunfador, llegará con retraso, ha programado las cosas de manera que su candidato disponga de tiempo para arribar. Al fin lo hace, y canta Ercilla:

*Fue con alegre muestra recibido,
-aunque no sé si todos se alegraron-*

(II, 48, AB)

Muy similar es el comentario al nombramiento como capitán del joven Lautaro:

*Del grato mozo el cargo fue acetado
con el favor que el general le daba;
aprobólo el común aficionado,
si a alguno le pesó, no lo mostraba:*

(III, 86, ABC CH)

En otras ocasiones, los comentarios del narrador abandonan la malicia para desembocar en otro tipo de humor. Así cuando describiendo la batalla de Andalicán se dice:

*Diego Cano a dos manos, sin escudo,
no deja lanza enhiesta ni armadura,
que todo por rigor de filo agudo
hecho pedazos viene a la llanura;
pues Peña, aunque de lengua tartamudo,
se revuelve con tal desenvoltura
cual Cesio entre las armas de Pompeo,
o en Troya el fiero hijo de Peleo.*

(V, 40)

Que la vena humorística ercillana no es malitencionada se comprueba al ver que, al menos en una ocasión, se vuelve contra sí mismo. Triunfadores los araucanos del asalto a Concepción, Ercilla repara, de improviso, que su canto ha seguido a los derrotados españoles, abandonando a sus vencedores. Y rectifica:

*Con la gente araucana quiero andarme
dichosa a la sazón y afortunada;
y, como se acostumbra, desviarme
de la parte vencida y desdichada;
por donde tantos van quiero guiarme,
siguiendo la carrera tan usada,
pues la costumbre y tiempo me convence
y todo el mundo es ya ¡viva quien vence!*

(IX, 100)

Ocasiones hay también en que ironía y humor se ejercitan a través de la elección de un solo vocablo, como en la ocasión en que Lautaro elige a los guerreros que han de acompañarlo en el ejercicio bélico:

*Los que Lautaro escoge son soldados
amigos de inquietud, facinerosos,
en el duro trabajo ejercitados,
perversos, disolutos, sediciosos,
a cualquiera maldad determinados,
de presas y ganancias codiciosos,*

*homicidas, sangrientos, temerarios,
ladrones, bandoleros y cosarios.*

*Con esta buena gente caminaba
hasta Maule de paz atravesando,
y las tierras, después, por do pasaba
las iba a fuego y sangre sujetando:*

(XI, 35, 36 ABC CH)

O, parecidamente, a través de una figura literaria; en este caso un símil que describe los destrozos producidos por el genovés Andrea entre sus indígenas adversarios en el combate de Millarupué:

*lleva de un golpe a Changle la cabeza
y por medio del cuerpo de On cercena;
hiende a Narpo hasta el pecho, y a Branco
como grulla lo deja en un pie solo.*

No siempre es tan festivo el humor de *La Araucana*: abundantes y significativas son las ocasiones en que la burla se ejerce como sanción moral, singularmente de la cobardía o simple falta de arrojo. Así, cuando antes de iniciar la batalla de Andalicán los ejércitos español y araucano toman posiciones frente a frente:

*Villagrán con la suya a punto puesto
en el estrecho llano se detiene;
plantando seis cañones en buen puesto
ordena aquí y allí lo que conviene:
estuvo sin moverse un rato en esto
por ver el orden que Lautaro tiene,
que ocupaba su gente tanto trecho
que mitigó el ardor de más de un pecho.*

(V, 3)

Y cuando Lautaro interviene para detener la furia de Tucapel, que luego de matar a Puchelcalco amenaza con acabar con todo el Senado araucano:

*Baja Tucapel al campo, y prestamente
el rico cuerno a retirar tocaba,
al son del cual se recogió la gente,
que recogerse a nadie le pesaba;*

(VIII, 56, ABC CH)

O, al hablar del poco éxito con que el reclutamiento de gente dispuesta a reedificar Concepción se lleva adelante:

*Con gran trabajo y gasto levantaron
pequeña copia y número de gente:
afirman la ocasión desto no puedo,
si fue la poca paga o mucho miedo.*

(IX, 39, DEFG)

Tal como al describir como huyen los españoles de Penco, asolado por los indios, y cómo algunos se disponen a escapar en un navío a la sazón atracado en el puerto de la ciudad, se dice:

*Quien en llegar es algo perezoso,
viendo llevar el áncora a la nave,
no duda en arrojarse al mar furioso
teniendo aquel morir por menos grave;
quien antes no nadaba, de medroso
las olas rompe agora y nadar sabe:
mirad, pues, el temor a qué ha llegado,
que viene a ser de miedo el hombre osado.*

(IX, 65)

Por último, en igual sentido, cuando Lautaro avanza sobre Santiago, y antes de llegar a él se fortifica en un lugar al que van a atacarle los conquistadores, no pueden éstos dejar de maravillarse de la fuerza indígena:

*Quien incrédulo dello antes estaba,
teniendo allí el venir por desvarío,
a tan clara señal crédito daba,
helándole la sangre un miedo frío.
Quien de pura congoja trasudaba,
que de Lautaro ya conoce el brío;*

(XI, 45, ABC CH DE)

Otro tipo de humor es el que resulta de la pura comicidad de las situaciones narradas, acentuada o no por el poeta. Tal por ejemplo, cuando se describe el encuentro con los indios en la fuerza de Tucapel, en el cual los españoles causan graves daños en las filas enemigas:

*Otro, pues, que de Córdoba se llama,
mozo de grande esfuerzo y valentía,
tanta sangre araucana allí derrama,
que hizo más de cien viudas aquel día:
por una que venganza al cielo clama,
saltan todas las otras de alegría;
que al fin son las mujeres variables,
amigas de mudanzas y mudables.*

(IV, 30)

En el mismo grupo se puede contener la aventura que le sucede al propio Ercilla mientras cabalga, por los campos, solo:

*Viniendo, pues, a dar al Chaillacano,
que es donde nuestro campo se alojaba,
vi en una loma, al rematar de un llano,
por una angosta senda que cruzaba*

*un indio laso, flaco y tan anciano
que apenas en los pies se sustentaba,
corvo, espaciosos, débil, descarnado,
cual de raíces de árboles formado.*

*Espantado del talle y la torpeza
de aquel retrato de vejez tardía,
llegué, por ayudarle en su pereza,
y tomar lengua del, si algo sabía;
mas no sale con tanta ligereza
sintiendo los lebreles por la vía
la temerosa gama fugitiva
como el viejo salió la cuesta arriba.*

(XXIII, 24, 25)

**T E R C E R A
P A R T E D E L A**

**Araucana de don Alonso de Ercilla y cuñiga,
Cauallero dela orden de Santiago, gentil
hombre de la camara dela Magestad
del Emperador.**

**DIRIGIDA AL REY
don Felipe nuestro señor.**



**Con Priuilegio.
E N M A D R I D
En casa de Pedro Madrigal.**

Añode. 1 5 8 9.

Un último ejemplo de esta especie. Mientras se prepara el largamente diferido combate entre Tucapel y Rengo, que ya hemos nombrado, la expectación crece entre los araucanos y con ella, las apuestas sobre el triunfador del duelo:

*Pues el campo y el plazo señalado
que fue para de aquel en cuatro días,
nacieron en el pueblo alborozado
sobre el dudoso fin muchas porfías:
quién apostaba ropa, quién ganado,
quién tierras de labor, quién granjerías;
algunos que ganar no deseaban,
las usadas mujeres apostaban.*

(XXIX, 21)

Refirámonos, para terminar a un muy especial tipo de humor que asoma aquí y allí en *La Araucana*. Una suerte de humor negro, que toma de las situaciones macabras o trágicas su materia, sin caer nunca en extremos. En el Senado Araucano convocado después de las primeras victorias indígenas, un viejo cacique, Puchecalco, con fama de adivino, agorero y astrólogo, anuncia a la asamblea que el aire está lleno de malas señales y más vale detenerse y no desafiar al sino; Tucapel, que ya ha tenido un incidente con Peteguelén, por parecida opinión, no resiste este nuevo llamado a la medida:

*Tucapel, que de rabia reventando
estaba oyendo al viejo, más no atiende,
que dice: «Yo veré si adivinando,
de mi maza este necio se defiende».
Diciendo esto, y la maza levantando,
la derriba sobre él, y así lo tiende,
que jamás midió curso de planeta,
ni fue más adivino ni profeta.*

*Quedole desto el brazo tan sabroso
según la muestra, que movido estuvo
de dar tras el senado religioso,
y no sé la razón que lo detuvo.*

(VIII, 44, 45, ABC CH)

Otra muestra de este especial tipo de humor puede sorprenderse en el verso final de la estrofa en que Ercilla pondera una de las más graves consecuencias de la sequía que afecta, durante una temporada, al país. La sequía, y la falta de alimento de ella derivada:

*Causó que una maldad se introdujese
en el distrito y término araucano,
y fue que carne humana se comiese
(¡inorme introducción, caso inhumano!),
y en parricidio error se convirtiese
el hermano en sustancia del hermano;
tal madre hubo que al hijo muy querido
al vientre le volvió do había salido.*

(IX, 21)

Esas mismas madres araucanas son las figuras de otro cuadro, más que macabro, grotesco. Tras la derrota que los españoles sufren a manos de los habitantes del país en Concepción, y mientras los soldados imperiales huyen, aparecen las mujeres indígenas que se lanzan en persecución de los vencidos:

*Ya vueltas del estruendo y muchedumbre
también en la vitoria embebecidas,
de medrosas y blandas de costumbre
se vuelven temerarias homicidas;
no sienten ni les daban pesadumbre
los pechos al correr, ni las creadas
barrigas de ocho meses ocupadas,
antes corren mejor las más preñadas.*

(X, 5)

Finalmente la última de las escenas miradas desde esta perspectiva del humor negro, es aquella en que, tras la victoria de Millarapué, los españoles, para escarmiento, mandan ahorcar a algunos caciques. Uno se resiste, pero increpado por Galvarino, se

decide por la muerte honrosa, en la que lo sigue el anterior, quedando al fin ambos colgados de los árboles. Ese es el hecho: así lo canta Ercilla:

*Apenas la razón había acabado
cuando el nobel cacique arrepentido
al cuello el corredizo lazo echado,
quedó en una alta rama suspendido;
tras él fue el audaz bárbaro obstinado,
aun a la misma suerte no rendido,
y los robustos robles desta prueba
llevaron aquel año fruta nueva.*

(XXVI, 37)

Los ejemplos de símiles, refranes y humor que hemos traído a colación no pretenden, repetimos, agotar la cantidad de elementos populares que se pueden sorprender en *La Araucana*. Sí llamar la atención sobre un rasgo hasta el momento no visto que distingue la creación de Ercilla, la liga con la tradición hispánica e ilumina, en sus inicios, la singularidad de nuestras letras.

*Yo dejo mucho, y aún lo más principal por escribir, para
el que quisiera tomar el trabajo de hacerlo, que el mío lo doy
por bien empleado, si se recibe con la voluntad que a todos
lo ofrezco.*

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

